



★
REGIÓN METROPOLITANA

Parte del río

Sofía Pascale Flores Cautre

“La cosa es que temblar nos ancla al tiempo y abre sus dimensiones con la tierra y nos deja viajar en el pasado”.

Mi familia y yo estamos emocionados por la llegada de un nuevo integrante: mi madre espera un hijo y se supone que podría nacer dentro de esta semana.

Me llamo Bruno, vivo en la ciudad de Valdivia, tengo 10 años, me gusta pescar con mi papá y jugar a la pelota con mis amigos, pero por sobre todo me gusta leer.

Hoy es 22 de mayo de 1960, y como dije, mi hermano va a llegar muy pronto. Ahora mi mamá está cocinando y mi papá está ayudándola. Sarah, mi hermana mayor, está leyendo un libro, mientras que yo estoy observando a todos a mi alrededor. Mi abuelo dice que mi imaginación es tan grande que equivale a la de cien personas adultas juntas. ¡Es extraordinario como una persona tan vieja puede ser tan sabia!

Después de hablar con el abuelo un tiempo, fui a decirle a mamá que tenía hambre, porque ya era muy tarde. Son las 15:00 horas; mi madre me dijo que fuera a comprar y volviera rápido.

Cuando terminé de comprar el pan, me dirigí a mi casa y empecé a sentir un ruido. De un momento a otro, me di cuenta de que estaba en el suelo y ya no me podía volver a poner en pie. Quería levantarme e ir con mamá, pero se me hizo imposible, sentí miedo. Mi casa está a la orilla del río y la veo de lejos, oigo señoras gritando y bebés llorando. Si Sarah estuviera conmigo, diría que mantuviera la calma y que todo esto va a pasar.

Cuando paró de sentirse el movimiento, todos salieron y empezaron a correr. Fue espantoso. Yo corrí a mi casa, pero en ese momento un hombre me tomó y empezó a correr. Mientras corríamos, vi subiendo la marea y recordé que mamá no podía caminar muy bien, y el abuelo estaba enfermo y tampoco podía caminar. Luché para que el hombre me soltara y cuando por fin me soltó estábamos muy lejos de mi hogar. Debí haberle hecho caso a Sarah y aprenderme el camino.

Cuando me entró la tristeza, vi la enorme ola que venía en camino y en medio de todos los gritos y llantos de las personas, yo me dediqué a observar. Todo estaba roto, las casas estaban caídas, los hospitales también. Una dama que me miraba con curiosidad y tristeza me preguntó si estaba solo, a lo que yo le respondí que sí; me preguntó dónde estaba mi familia, yo le dije que estaban en las casas a la orilla del río. Entonces ella me abrazó tan fuerte, que me recordó los brazos de mi madre; le dije que tenía que ayudarme, porque mi abuelo no podía caminar y mi madre con su embarazo tampoco. Ella me miró y me dijo que a veces hay que dejar ir a las personas. Yo vi las monstruosas olas que se estaban acercando rápido, y en ese momento fue cuando entendí que esas monstruosas olas se habían llevado mi casa y mi familia.

Se me escapó una lágrima y la dama me dio la mano para correr colina arriba. Recuerdos venían a mi mente: yo con mi hermana jugando a las pilladas; mi padre dándome ideas para mis cuentos; mi madre acostada en mi cama conmigo leyéndome el cuento más hermoso que podría haber escuchado; mi abuelo contándome alguna de sus historias de cuando era niño. No me di cuenta de que mis mejillas estaban húmedas.

Vi atrás, una vez, más cuando la dama me dijo que aguantara la respiración lo más que pudiera; cuando lo hice, sentí agua corriendo por todos lados, sentí cuchillos en mis piernas y brazos, sentí arañazos en la cara y el estómago; sentí que me moría.

¿Qué pude haber hecho para merecer esto? Tal vez mentí muchas veces, esa vez que oculté el libro de Sarah, pero solo fue para mi juego. Cuando me faltaba el aire, sentí una mano en mi brazo y cuando pude salir, vi a la dama mirándome con preocupación, sentí su miedo y ella el mío, y entonces me abrazó, y nos quedamos sentadas en un árbol, abrazadas. Ese tiempo que estuvimos en el árbol me preguntó mi nombre y por mi familia; yo le pregunté el suyo y me dijo que se llamaba Romina y tenía solo una hermana en otro país. Cuando por fin nos sacaron de ese horrible lugar, vi a montones de personas, algunas llorando, otras durmiendo y otras perdidas en la destrucción.

Quise buscar a mamá y me ayudaron varias personas, pero nadie sabía de ella; tampoco sabían de papá o Sarah o el abuelo. Sentí cómo la desesperación aparecía en mí. Pude haber vuelto rápido de comprar el pan; si lo hubiera hecho, ahora yo estaría con mi familia.

Cuando fui a un lugar más apartado, me percaté de que había muchas sábanas blancas un poco más allá de donde estaba. Le pregunté a Romina si me podía acompañar; ella, dudosa, aceptó. Cuando un hombre con traje raro me preguntó si estaba buscando a alguien, yo le dije cómo era mi familia. El hombre me tomó de la mano y me fue señalando a personas debajo de las sábanas, ninguna era mi madre, hasta que la vi. Parecía tan serena, tan tranquila y pacífica. Estaba pálida, sus ojos cerrados y su rostro serio.

Seguí mirando y encontré a papá; su rostro ya no emanaba esa cálida sonrisa que daba a todos los que conocía. Sentí tristeza, mi pobre hermano no había llegado a este mundo y ya se había ido.

No encontré a Sarah ni al abuelo; el hombre con traje raro me dijo que ahora son parte del río. Mientras gruesas lágrimas caían por mis mejillas, miré a Romina y ella me miró un tiempo y luego me dijo: “Sé que no hay palabra alguna que pueda mitigar o adormecer la tristeza que estás sintiendo, pero quiero que sepas que hay ocasiones en que la muerte llega trayendo paz a quien más sufre, tu familia ahora está descansando”.

Después de despedirme de mi madre, Romina me tomó de la mano y nos dirigimos a un campamento en el que unos hombres muy altos y con trajes raros nos llevaron a una carpa para descansar un poco. Noté que tenía muchas heridas y estaba muy sucio y también noté que las casas estaban destruidas, la tierra estaba abierta y todo estaba inundado.

Miré a Romina y ella me dirigió una sonrisa nostálgica y yo se la devolví. Sé que mamá estaría orgullosa de mí, papá me daría la mejor de sus sonrisas, mi abuelo me daría algún dulce y mi hermana me daría un golpe con su libro amistosamente.

Ahora, seis meses después, recuerdo todo perfectamente, como si fuera un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. Romina también lo recuerda y ahora me estoy olvidando un poco de la cara de mamá o de la sonrisa de papá, pero lo que me consuela es que están en paz. Romina me suele decir: “El día de hoy la muerte nos ha cubierto con su manto oscuro, pero mañana la luz de la esperanza aliviará nuestra tristeza”.

Sofía Pascale Flores Cautre
12 años
Padre Hurtado
Primer lugar regional